



Zombie



Para Sabrina.

COLECCIÓN FUERA DE ÓRBITA

© del texto, Mike Wilson, 2015

© fotografía de portada,

Djalma Orellana Sepúlveda, 2015

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015

Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Diseño de colección:

María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, sin permiso previo por
escrito del editor.

Segunda edición en Chile | enero 2018

ISBN | 978-956-247-960-8

Nº de Inscripción | 187.836

**El libro original protege el trabajo
del autor, diseñador y del equipo
editorial. Comprar el original es
respetar ese trabajo. No fomentes
el delito de la piratería.**

Impreso en China / *Printed in China*

Zombie

MIKE WILSON

“And all my friends were vampires
Didn't know they were vampires
Turns out I was a vampire myself
In the devil town”.

Devil Town
Daniel Johnston

James

Una cuadra tranquila. Medianoche. Se supone que mañana temprano comienzan las clases, sin embargo hay un niño que no duerme. Aguarda bajo las sábanas, en silencio. Mira el reloj sobre el velador y abandona la cama. Sale por una ventana y desciende por el roble que crece a un costado de su casa. Mientras baja, su pijama se engancha en una rama. Queda suspendido por unos segundos hasta que el género cede. Cae de bruces. El pasto lo amortigua. Sabe que bajo otras circunstancias su mamá se enojaría por las manchas verdes que ahora tiñen sus rodillas. Vuelve a enfocarse. Corre por la acera hasta llegar a las orillas del vecindario. Ascende una colina. No es fácil. Se resbala con frecuencia. Sigue, determinado. Los suburbios se alejan hasta quedar regazados en el valle. El niño se detiene cerca de la cumbre. Desde ahí logra ver el centro de la Capital. Las redes de calles y luces parecen una maqueta.

Se sienta sobre una roca blanca y observa el cielo estrellado. Mira su reloj. Queda poco.

El apagón llega con puntualidad. Vuelve a alzar la vista. Vienen a gran velocidad. Son cuatro... cinco misiles. Al avanzar, la propulsión deja una estela de humo blanco. El niño admira las líneas que trazan por el cielo, es un

descenso parabólico, sincronizado, patriótico. Contempla el horizonte ardiente, la manera en que la temperatura distorsiona el aire. No deja nada en su camino.

Cierra los puños. Siente calor, sonríe.

La onda de choque lo tumba. Un muro de fuego vuela hacia él.

Ana

Desperto. Me duele la cabeza. El bosque me produce claustrofobia. Veo que los demás están al borde de la inconsciencia. El efecto del *meth* se ha desvanecido y el bajón es fuerte. En la oscuridad logro ver las siluetas de mis amigos acurrucados en el suelo, bultos negros tiritando en sacos de dormir. Agujas de pino pegadas al poliéster. La fogata se ha reducido a unas pocas brasas, pequeños estallidos lanzan chispas al aire frío. No hay luna, pero las estrellas dan algo de luz. Una brisa mece los árboles; sin embargo, entre los soplidos emerge un silencio inquietante. Los grillos se han quedado mudos y el arroyo no da signos de vida.

Me levanto, me pongo las zapatillas, busco el camino entre los sacos de dormir, me hundo en las profundidades del bosque. Sé que del otro lado está el cráter; la desolación de donde una vez se alzaba la Capital. Los que sobrevivimos le decimos El Pozo; kilómetro tras kilómetro de paisaje ennegrecido, un mar oscuro y siniestro, cuya destrucción se pierde en el horizonte. La superficie está cubierta de una ceniza tan negra que la luz parece huir de ella. Las aves no sobrevuelan El Pozo, prefieren desviar su bandada antes de pasar sobre ese lugar.

Desde que cayeron las bombas, el cielo sobre el cráter ha permanecido nublado, formas densas desfilan por los aires, a veces tentáculos nebulosos descienden y tocan la cavidad oscura.

Una vez, hace un par de años, a raíz de un desafío, fui hasta la orilla del bosque y crucé la línea que divide la ceniza del verdor. Mi pie se hundió un poco en el hollín, sentí que la luz del día se hacía lánguida. Lo que más me perturbó fue la forma en que el viento se paralizó, el silencio fue ensordecedor, como si alguien repentinamente apagara la naturaleza, una quietud abrupta, profana. No habrían pasado más de cinco segundos antes de que me superara el pánico y saliera corriendo de vuelta al bosque. Llevaba puestas unas zapatillas rosadas de Hello Kitty, nunca pude sacarles las manchas oscuras. Las miraba mientras corría. Ese día casi tumbé a un chico llamado James.

Perdida en las memorias, no me había dado cuenta de mi avance. Ahora, han pasado dos años y he regresado a la orilla de El Pozo. El viento ha cobrado fuerza, mi chaqueta cortavientos se infla, algunas hojas se enredan en mi pelo, las estrellas ya no se ven. Sé que si doy un paso más, todo se callará y el aire estará quieto. Siento una succión, el cráter parece contraerse, mis sentidos se agudizan.

Una forma se mueve en la lejanía, parece flotar sobre el paisaje negro, como una espectro... un ángel de la muerte. Me cuesta distinguir la figura de la oscuridad del suelo. Al acercarse, adquiere solidez.

No aguanto más.

La figura abre los brazos, cenizas se descascaran de sus extremidades. Se mueve con algo de dificultad como si el hollín se estuviera endureciendo, atrapando al ser dentro de su propia piel.

Me saco las zapatillas.

Las dejo juntas, los cordones desatados, a la orilla de El Pozo.

Respiro.

Respiro.

Miro por sobre mi hombro. El bosque no me ofrece nada. Tengo miedo.

La figura me espera. Se ha detenido a unos pocos metros de la orilla.

Al pisar el suelo negro me acuerdo de la letra de una canción que dice

No more going to the *Dark Side with your flying saucer eyes.*

James

Cerca de mi casa corre un arroyo que abastece todo el vecindario de agua. Venía de allá cuando me encontré con mi vecina Andy. Estaba angustiada, no dejaba de frotarse las manos.

Ella me contó que Ana no regresó anoche, que alguien la había visto levantarse durante la madrugada, abandonar el campamento y dirigirse hacia El Pozo. Dijo que en una hora se iban a juntar los huérfanos a buscarla. Que si quería ayudar que me reuniera con los demás junto al Misil Clavado. Atónito, asentí. Andy se alejó tratando de contener las lágrimas. Todos sabíamos que las posibilidades de encontrarla con vida eran escasas. Ya era la quinta persona desaparecida en los últimos cuatro meses. Todos huérfanos, todos perdidos en El Pozo.

Cuando llegué a casa me quedé sentado en los escalones de la entrada. Mi casa es grande. He vivido ahí desde que nací, junto a mis padres y Ceci, mi hermana mayor. Ahora solo quedamos dos. Ceci y yo. Para ella, el trauma ha sido desesperante, le ha costado lidiar con la tragedia. Desde la muerte de nuestros padres, Ceci se ha retraído, vive una vida amarga, casi nunca sale de la casa. Yo, en cambio, no aguanto la estructura. Voy solamente para dormir. Hace

mucho que dejó de ser un hogar. Siempre hace frío y los ecos me dan náuseas.

Ya han pasado cinco años desde que sobrevivimos al Holocausto. Ahora tengo diecisiete. La casa resistió el ataque. La mayoría de mi vecindario —unas treinta casas iguales— salió ileso. La geografía irregular del sector desvió el fuego. Las colinas que rezagan la vecindad protegieron el suburbio de la devastación que obliteró el resto de la ciudad. De lo que sé yo, son las únicas estructuras que permanecen en toda la Capital. El resto de la ciudad fue completamente reducida, incinerada en El Pozo.

Nuestro suburbio, La Avellana, era parte del barrio alto, escondido entre las colinas de la precordillera. Es de esos vecindarios que simulan los suburbios de las películas norteamericanas; Mc-mansiones de dos o tres pisos, calles con nombres de fantasía, jardines delanteros amplios, niños enfermizos andando en triciclos rojos y mascotas con pedigrí que cagan sobre césped importado. Pero la felicidad plástica encontró su fin en la forma de un hongo nuclear. Algunos murieron ese mismo día al estar fuera del suburbio, otros fallecieron después a causa de la radiación; los más jóvenes sobrevivimos. No estoy seguro de qué efecto tendrá en nosotros con el paso del tiempo, pero sí sé que la paranoia no sirve de nada.

Contando los huérfanos, no somos más de ochenta sobrevivientes. Asumimos que estamos solos, que el mundo se ha acabado y que nosotros somos un error. Pienso que somos zombies. No del tipo que antes se veía en las pantallas del Savoy, pero de una categoría más trágica y patética.

Sobrevivimos al fin del mundo. Suena raro decirlo. Se supone que no hay nada que exista más allá del fin del mundo, por eso se llama fin. Persistir en un planeta muerto es algo poco natural... como lo es ser un zombie.

Me dirijo hacia el Misil Clavado, otra razón por la cual seguimos con vida. El Misil Clavado es una bomba sin detonar que quedó incrustada en el pavimento a la orilla del suburbio. Es enorme, parece uno de esos monumentos ciclópeos que hacían los soviéticos. A veces, cuando lo observo, pienso en un aparato *steampunk* que alguna vez vi en uno de los cómics de mi padre. Antes de que muriera me regaló su colección de historietas, venían en una caja de cartón. La mayoría estaba en inglés y me daba lata esforzarme. No supe valorarlos hasta que el mundo se fue a la mierda.

Mientras camino, cierro los ojos y veo el rostro de Ana. Pierdo fuerza. Me detengo, me siento sobre la acera y me tapo los ojos con las manos. No quiero que los demás me vean.

Andrea

No me esperaba la reacción de James. Se puso pálido cuando le conté de la desaparición de Ana. Sé que la ubicaba, pero ahora sospecho que existía algo entre ellos. Ya no sé qué esperar de él. Lo de Ana no me sorprende tanto, pero su obsesión por Fischer me irrita. Hace más de un mes que no deja de hablar de ella, como si ignorara que una vez fue mi mejor amiga, que oír su nombre aún me produce dolor. Al igual que Ana, Fischer es una huérfana, así le decimos a los que se encontraban en La Avellana por casualidad ese día, el día en que todo se acabó. Algunos visitaban amigos, otros simplemente pasaban por el suburbio cuando descendieron los misiles. En fin, venían de otras partes de la Capital y al caer la noche se encontraron atrapados en La Avellana. Como una isla rodeada por un mar de fuego.

Ya han transcurrido cinco años. No me deja de asombrar el tiempo que ha pasado desde el Holocausto. Fue un viernes. Fischer se había escapado del colegio para acompañarme. Le pedí que viniera porque me había llegado la regla, era mi primera y me daba susto. Sabía que me iba a tocar pronto, pero digan lo que digan, nada te prepara para lo que se siente cuando una se encierra en el baño y ve esas manchitas rojas por primera vez.

Cuando Fischer tocó el timbre me sentí mucho mejor. A ella le había llegado ya hace un par de meses y su experiencia me daba tranquilidad. Además, traía con ella unas pastillas para lidiar con el malestar causado por el asunto.

Nos quedamos hasta tarde conversando en mi pieza. Mis padres habían salido a una fiesta en el centro de la ciudad, algún evento de la empresa en que trabajaban. Salimos un rato al patio trasero, me robé una lata de cerveza de mi papá y nos quedamos turnándonos sorbos a la orilla de la piscina. Era otoño y estaba sin agua, una que otra hoja muerta raspaba el fondo de cemento azul. Fischer me confesó que encontraba lindo al profe de biología. Me dio risa, le dije que era un viejo hediondo que se creía joven. Ella se molestó y no me quiso hablar más del tema. Comenzó a lloviznar. Antes de regresar adentro, lanzamos la lata vacía sobre la enredadera al patio del vecino. Le presté un pijama y ella llamó a su mamá para avisarle que iba a pasar la noche en mi casa. Subimos a mi pieza y prendimos la tele, metí una bolsa de cabritas en el microondas y nos acostamos a ver una película. Me vi en el espejo del clóset, me gustaba verme iluminada por la luz azulina de la pantalla.

Nos quedamos dormidas antes de la medianoche, después de ver un episodio repetido de *Twin Peaks*. Recuerdo haber cerrado los ojos sintiéndome contenta. Me alegraba que Fischer estuviera conmigo, ya no sentía temor.

Sus gritos me despertaron.

—¡Andy! ¡Andy!

La voz de Fischer se oía lejos. Venía de afuera. La tele se nos había quedado encendida. Me quedó grabada la imagen de Buffy dándole una estocada a un vampiro adolescente. Me acerqué a la ventana y la abrí. Ella estaba en el patio, parada a la orilla de la piscina, se veía frágil en mi pijama de *Emily the Strange*, tenía la mirada fija, observando la Capital.

Desde la altura de mi casa, la ciudad parecía una telaraña de luces. Antes de que pudiera preguntarle qué pasaba, comenzó el apagón. La Capital se fue ennegreciendo por segmentos. La tele se cortó. Aguanté la respiración.

Algo parpadeó en la ciudad.

Un pequeño domo luminoso apareció en el centro de la Capital, temblaba, creció rápidamente, después...

Todo estalló.

Una luz se derramó en mi cabeza, seguida por una onda de choque que me lanzó al piso. Las ventanas explotaron y sentí como las astillas de vidrio penetraban mi carne...

Oscuridad.

Cuando recobré el conocimiento me sentía como si un tren me hubiese arrollado. Vomité. Sangre fluía libremente de mis oídos, un piteo agudo sonaba en mi cráneo, no veía bien. Me froté las sienes. Logré arrastrarme hasta la ventana.

Fischer yacía en el fondo de la piscina. Un charco de sangre rodeaba su cabeza y un hilo rojo se estiraba por el cemento azul hasta desaparecer en la oscuridad del desagüe.

James

Ana.

Nunca me olvidaré de Ana. Hace un par de años perdí mi virginidad con ella.

Yo tenía quince, ella dieciséis. Estaba en el bosque. Buscaba algo de leña para la chimenea de la casa cuando Ana apareció corriendo y chocó conmigo. Se me cayeron las ramas que había juntado. Se detuvo. Había terror en sus ojos. Estaba pálida, sus zapatillas de *Hello Kitty* estaban manchadas de ceniza negra. Me dio un escalofrío. Entendí de dónde venía. Me tomó de las manos y comenzó a sollozar. La acerqué a mí para consolarla. La había visto antes, sabía que era una huérfana, que vivía en uno de los campamentos del bosque. Era linda. Lloró sobre mi hombro por algunos minutos. Cuando logró controlarse, alzó la mirada y me besó. Nos recostamos y lo hicimos bajo la sombra de los pinos. Fue un acto silencioso, casi reverente. Creo que ella se dio cuenta de mi inexperiencia, pero de alguna manera hizo que yo me sintiera en control.

Al vestirse, susurró algo extraño. Que mientras acababa se había fijado en el lunar de mi espalda. Se había imaginado una hormiga radiactiva que al caminar me abría como un cierre, que mi piel se partía y que de mí salían peque-

ñas personas calcinadas, que parecían estar lamiéndose las heridas.

No supe qué decir. Sonreí con incomodidad, ignorando si hablaba en serio.

Terminó de vestirse. Me besó la mejilla y se fue.

Fischer

Soy la primera y única hija del Holocausto.

Cuando desperté aquella noche, en la piscina de Andy, adolorida y empapada de sangre, mi memoria estaba en blanco. Fue como si hubiese nacido ahí mismo, en el fondo de aquel útero de cemento azul, sin entender quién era yo ni quién era la niña de pijama ensangrentado que me repetía: Fischer... Fischer... ¿Estás bien? ¿Estás bien?

Me ayudó a salir de la piscina. Recuerdo que permanecimos en el patio, en trance. Nos dolía todo, nuestras heridas no dejaban de sangrar, pero no podíamos apartar los ojos de la tormenta de fuego que devastaba el valle. Guardamos silencio mientras la Capital se reducía en un cráter calcinante.

El Holocausto es mi Año Cero. El comienzo de la única vida que conozco.

Durante los primeros días Andy intentó ayudarme a recuperar la memoria, pero todo lo que me contaba de mi vida, las fotos que me mostraba, los gustos que compartíamos, me era sumamente extraño. Mi pasado no me era familiar, tampoco lo era nuestra amistad. Comencé a evitar a Andy. Sus esfuerzos por “recuperarme” me inquietaban, como si quisiera convertirme en una persona que no soy. De a poco nos fuimos distanciando. Ella me ofreció quedarme